

San José, Costa Rica, 15 de Junio de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 7

CONTENIDO

I, Federico Proaño—II, Tarjeta
—III, Adelfas—IV, En Caracas—
V, Siempre viva—VI, Bajo relieve
—VII, Un retrato—VIII, Notas.

Tip. Nacional.



Federico Proaño ✓

Morir no es sólo morir, amigos míos, es también sufrir después de muerto las malas composiciones necrológicas, pues creo, como Pérez Salas, que la muerte no es la última desgracia de un hombre, sino la necrología.

PROAÑO.

EL nombre que encabeza estas líneas despertará sin duda en la memoria de nuestros lectores un recuerdo grato.

Era **Proaño**, por la índole de su carácter, por las condiciones especiales de su temperamento, por la amena brillantez de su espíritu, uno de esos seres que se imponen al cariño general. Tenía, por decirlo así, billete de franca entrada á todos los afectos, á todas las amistades.

El entronizamiento del Partido Católico en el Ecuador le costó la proscripción de la amada tierra, á la que no debía volver nunca más y para la que guardó siempre un cariño tranquilo, sin fervores de patriota ni cóleras de castigado.

Proaño no tiene historia. Errante desde su juventud, vagó por el mundo sin echar nunca los cimientos de un hogar fijo. Ave de paso, deja apenas como hueya de su existencia una que otra pluma desprendida de sus alas brillantes de rico pensador.

Su labor peca de *actualismo*, si así puede llamarse. Excepción hecha de sus cuadros de costumbres,

todos sus demás trabajos se relacionan con acontecimientos sin trascendencia, sin valor: el incendio de ayer, el matrimonio de mañana; en fin, todos esos hechos menudos de la vida diaria que se recogen en una crónica ó en el marco estrecho de una gacetilla.

Más que literato era diarista. Y en este concepto pocos en América han alcanzado su altísima talla.

Como polemista poseía también dotes espléndidas. ¡Ay del que caía en sus garras! Le sometía á un fuego lento constante; su imaginación le despertaba á diario bromas nuevas con que mortificar á su contrario.

En su arsenal no se agotaban jamás los alfileres, pero no entró nunca, tampoco, el veneno.

La índole de sus escritos pseudofilosóficos, verdaderas filigranas de observación, de análisis microscópico, espolvoreados con la sal áctica de su gracejo chispeante, los ponía al alcance de todas las inteligencias y de todos los gustos. Así se explica el éxito inmenso, sin precedente entre nosotros, alcanzado por su periódico *La Escoba*.

Para que se comprenda mejor el modo de sentir y pensar de **Proaño**, copiamos el siguiente párrafo de uno de los articulitos publicados en dicho periódico.

Hablando de las ilusiones y del amor se expresa así:—"Pero corra la bola y continúe la humanidad pidiendo cotufas en golfo.

"Sueñen los otros con el amor, que á mí no me la pegarán de codillo en esta materia.

"Encastillado en el terreno de lo real y positivo, rindiendo á *mi modo* pleito homenaje á esos..... seres queridos, (casi digo también ángeles) que se llaman mujeres, sin andar bebiendo los aires por cosas que valen un comino, pasaré indudablemente como un hombre prosaico; pero allí me las den todas; porque, en cambio, no tendré que lamentar las horas perdidas con las ilusiones y los delirios de la imaginación.

"Bástame perder el tiempo en hilvanar artículos como el presente, etc."

Ese era **Proaño**: un alegre bostezador que no

se preocupaba de nada ni de nadie; para quien la vida no tenía ni grandes penas, ni grandes alegrías.

Puede retratársele en una pincelada: era un filósofo jovial, un enemigo noble y terrible y un amigo generoso, aunque nada vehemente.

He cumplido el compromiso contraído con Proaño, en Guatemala; ya está el pobre suelto necrológico que él me pidió en una alegre saturnal, entre el choque de las copas y el borboteo de las risas locas.

Ya llegó él al término del viaje. Ya está al otro lado del mar que no tiene riberas, ya descansa; mientras que yo sigo peregrinando, como él, alegre y aburrido, recibiendo con regocijo á los que llegan, dando mi adiós con tranquilo pesar á los que se marchan y esperando en santa calma mi turno.

Hasta luego.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.





Tarjeta

La suerte ha sorprendido agradablemente a nuestro amigo Alejandro Aquilar realizándole pronto su más bello ideal. Desde el domingo será surja la joya humana que ambicionaba.

Ambos están en la edad en que viven lozanas las ilusiones y embriaga la pasión; y serán muy felices; porque no dejarán marchitarse las primeras y mantendrán el fuego sagrado de la segunda.

¡Qué dicha es olvidar las tristezas de la existencia en brazos de su amada y tomar en la luz de sus ojos el valor necesario para vencer en la lucha por la vida! Y para ella, tener un alma que comprenda su alma, un amo que se convierta en esclavo de sus deseos, un compañero que le descubra los misterios del mundo que se forjó su imaginación de virgen, velado como horquillas de luz sonrosada!

Esa oferta te hace el porvenir, Cano. Ojalá sepas aprovecharla en compañía de tu Claudia



Adelfas

III

Es mi existencia, que fugaz avanza
de otoñales despojos sobre alfombra,
así como una vasta lontananza
toda cubierta por oscura sombra.

No hallo lugar que mi dolor no sepa:
lo mismo en el Oriente que en Ocaso
descubro entre las zarzas de la estepa
las sangrientas señales de mi paso.

Á través de la incierta caminata,
el dolor, que en mi daño se conjura,
de mis manos ansiosas arrebatada
la mezquina piltrafa de ventura.

Mas aguija el rigor de tal manera,
me hiere el corazón con tal porfía,
que hoy los pesares de la edad primera
se tornan dulcemente en alegría.

IV

Es deidad de atractivos sin iguales:
se llama la Esperanza; reina sola:
y á sus tristes esclavos, los mortales,
á sus caprichos frívolos inmola.

¡Todos tras ella van, todos lo mismo!
Todos por entre sombras y entre abrojos
caminan inconscientes al abismo
con su visión quimérica en los ojos.

Como en su propio triunfo se recrea,
juntamente despótica y sumisa
al mismo que subyuga lisonjea
con el falso primor de una sonrisa.

Pero yo que perdido en el barullo
ninguna de sus dádivas conservo,
en cambio ya con doloroso orgullo
hice pedazos mi dogal de siervo !

Mayo 1894.

JUSTO A. FACIO.





En Caracas

A Juan de D. Uribe

Resuelto á no volver á su nativo pueblo, embarcóse un día con dirección á Venezuela Nicolás Elguedo, poseedor de un capital que montaba en efectivo á cinco pesos oro y en ilusiones al doble de la fortuna de Guzmán Blanco.

Llegó á Caracas y solicitó trabajo; dióselo en su imprenta un don Isaac, judío de raza, pariente muy cercano del típico Shylock, y pudo Nicolás ganar como salario cincuenta centavos al día.

En estos tiempos no son de moda los milagros ó supercherías religiosas; así pues, Nicolás para vivir con su jornal tuvo que aceptar la humilde alimentación que le ofrecían en *El gato negro*, por el precio de cinco centavos cada plato.

Esa fonda, de último orden en Caracas, era el centro de reunión de los trabajadores pobres. Con el polvo del camino en el vestido y en la cara; con el sudor del taller, aún no extinguido, en las curtidas sienes; con la huella sangrienta impresa en sus manos por la barra que les sirviera para demoler el viejo torreón, sentábanse rendidos de fatiga los hijos de la infelicidad para comer su pan negro.

No faltaban amargos comentarios sobre las irritantes injusticias de la vida; alguno, que no pagó en su día el alquiler de la habitación, estaba próximo á solicitar de las duras piedras de la calle el lugar de descanso que su semejante le negaba y se creía aprecia-

do en inferior condición á la del animal que uncía al carro, porque éste, murmuraba, podía revolcarse en el establo de su rico dueño.

Nicolás, que por su oficio de cajista había tenido comunicación con inteligencias superiores; que se conmovía al recordar cómo el autor del *Emilio*, cercano á la muerte, ordenó que pagaran inmediatamente á un obrero el salario que le debía, á fin de no dejar tras sí la gran injusticia de la miseria explotada; aquel pobre muchacho que no satisfacía por completo su hambre, pues en ocasiones se resignaba á engañarla con anticipos de carne y pan á buena cuenta de mayor laceria; que dormía en forzada posición sobre una tabla, cubriéndose á manera de sábana con la claridad vertida sobre su cuerpo por un tragaluz del sótano, Nicolás, repetimos, se sintió atraído por la desgracia de sus hermanos en la corporal fatiga y resolvió dar forma de protesta escrita á los lamentos de los pobres.

Renunció al jornal y obligándose á un trabajo de inteligencia aniquilador, obtuvo imprenta en qué publicar *El Obrero*. Por el día se ocupaba en la composición material del periódico; largas horas de la noche empleábalas escribiendo, y llegado el momento colocaba en prensa las páginas de su semanario, hacía la tirada é íbase á repartir por plazas y por calles el enérgico heraldo de los dolores y las iras populares.

Muchas veces le acompañamos á *El gato negro*. Pálido, tembloroso, insomne, leía los artículos de *El Obrero*, y la ruda aprobación de los oyentes aumentaba el volumen de su voz y aceleraba más y más la corriente nerviosa que regía el movimiento de sus brazos.

Gozábase en reservar la nota fúnebre y enérgica para los días posteriores á las grandes festividades, y entonces aplicaba la fusta sin lastimeras contemplaciones.

Es el Carnaval en Caracas fiesta brillantísima. Son tres días de escandaloso derroche. Desde la to-

rre de la catedral hasta una de las estaciones de ferrocarril, espacio que comprende lo menos veinte cuadras, sitúase la gente femenina en puertas y ventanas, formando doble hilera de ojos que os cautivan la voluntad, de rostros que os trastornan el pensamiento, y creéis asistir á un inmenso bazar donde la tela de blanco lino, el vellón de suave lana, el copo de seda color crema y los cristales resplandecientes cuajados en la tierra por la luz del sol, se disputan á porfía el homenaje de vuestra admiración.

Luego, en carretelas lujosamente adornadas ó en caballos de soberbio jaez se pasea ufana la dorada juventud, obsequiando á las caraqueñas con ramos de flores preparados por manos que á la naturaleza imitan; con ampolletas rebosantes en perfumes costosos; con lluvia inacabable de confites de colores, y es aquello un ruidoso cambio de saludos, una correspondencia de miradas en que suele ocultarse el amor, un torneo de la elegancia fin de siglo.

Arriba, el azul; á un lado, el cerro encantador del Avila, donde nos parece ver al sabio Humboldt en conversación con lo inmenso; á otro, el valle ameno de Caracas, regado por Catuche, Anauco y Guaire, en cuyas vegas se da la regia almendra del cacao; abajo el pueblo, actor en la fiesta, que no tiene flores ni perfumes, y en su deseo de imitar á los ricos va á la maltratada despensa, toma una porción del arroz destinado al alimento y lo pinta de variados colores para echarlo á los aires en guisa de juguete carnavalesco.

Es la embriaguez suprema del festín. Véase á la aristocrática niña llevando un disfraz que vale tanto como la subsistencia en un día de cien trabajadores; gasta el mancebo afortunado, en objetos baladíes, lo que pudiera aliviar la necesidad de muchos huérfanos, y el pueblo siembra en las calles una parte de sus provisiones, como diciendo: "yo que no tengo oro, ni puedo ataviar carruajes ni enjaezar corceles, bebo también en la copa del Carnaval y doy al viento lo que poseo: mi comida, que es mi sangre."

Entonces, restallando todavía la carcajada de Momo, Nicolás hacía terribles acusaciones á aquella sociedad. Mientras los diarios decían primores de tal señorita disfrazada de Ofelia, de cual otra que representaba á Margarita, de este joven, vestido de Enrique IV, y de aquél, que personificaba á Ravailiac, *El Obrero* prorrumpía:

“Es un escándalo que mientras la vida del pueblo es tan difícil; que necesitando un infeliz pescador de La Guaira remontar el Avila en la noche para descenderlo al amanecer, á fin de ganar unos centavos con la venta del fruto de su trabajo; que al paso que un oficial de panadería está doce horas á la boca del horno para obtener un jornal, aquí en Caracas se gaste el dinero en futesas que se echan al arroyo, como si todos los estómagos se hallaran satisfechos, como si todas las desnudeces estuvieran cubiertas, como si todos los hombres poseyeran lecho en que reclinarsen y hogar donde guarecerse. Ricos! Acordaos de este precepto: “nadie tiene derecho á lo superfluo mientras alguien carece de lo necesario.”

“Ayer vimos á una Ofelia, y por cierto que no nos entristeció la locura de su Hamlet; tropezamos con Margarita y tentados fuimos á repetirle la canción de Mefistófeles; hallamos al bearnés, y si nos pide auxilio contra Ravailiac, que le seguía, más que por humanidad, por odio al recuerdo de las venganzas jesuíticas, se lo habríamos otorgado.”

Esos arranques trajeron para Nicolás graves consecuencias. Los hombres políticos trabajaron en hacerle el vacío, fulminando anatemas contra las doctrinas de ese obrero ascendido á escritor. Le vimos muchas veces, agobiado por hostilidades feroces, dirigirse á los hombres de inteligencia para promover discusiones que dieran más ancho campo á la difusión de sus trabajos.

Una vez llegó emocionado á nuestra habitación. “Tengo un gran consuelo, nos dijo. He hablado con Pérez Bonalde, el primer poeta venezolano, y con Juan de Dios Uribe, notable escritor de Colombia, y

me han alentado en la propaganda. Pérez Bonalde dice que debo ensancharla, y si en lo social es mi divisa: *guerra á los palacios, paz á las cabañas*, en lo religioso debo atacar la mentira á que el miedo llama Dios. Uribe aprueba sin reservas los trabajos de *El Obrero*; afirma que ésto y en las verdaderas doctrinas y que es su deleite leer en el folletín del periódico *Los Bienes* de Proudhón. Háme ofrecido *Mentiras convencionales* de Max Nordau, y *Conquista del pan* de Kropotkin, como arsenales de donde sacar nuevas y relucientes armas.”

Días después, entre filas de soldados salía para una isla ingrata aquel joven, que llegó á Venezuela con tantas ilusiones y á quien su amor á la justicia precipitaba en el infortunio.

¡Oh derecho! ¡Oh Libertad! ¿Seréis los eternos cautivos de la fuerza?

JUAN CORONEL.





SIEMPRE Y SIEMPRE

La casa está en silencio. No se oye la charla bulliciosa que le da constante alegría y que brota de cuatro boquitas frescas y sonrosadas como brota el trino del pico de los pájaros.

Se ve gente extraña pensativa y asustada.

Frente á las imágenes de los santos brillan muchas velas encendidas representando otras tantas súplicas de la piedad.

Qué sucede?

Nelly, la primorosa muchachita, el rayo de sol que llena de felicidad aquel hogar, está enferma.

Su cuerpo, antes tan gracioso, se convulsiona, y sus labios, manantial de dulzura, se amoratan.

Está en el regazo de la madre y de junto á ella no se separan los médicos.

Pero eso pasará

Dios que es tan bueno, no puede llevarse ese pedazo de corazón de tantos seres que la queremos.

¡Esperanza vana hija del cariño!

Cesó la fatiga de su organismo delicado, pero para siempre. Volvieron á sonreír sus labios, pero con la helada sonrisa de lo eterno.

Nelly era muy buena.

Tal vez por eso fue escogida tan pronto por el Supremo Creador para ser uno de los más lindos serafines de su Corte. Dice el proverbio que los predilectos de los dioses mueren jóvenes.

Ella también fue amada de los hombres. Seducía desde el primer momento. Era un precioso imán de la simpatía.

Vivimos juntos quince días y en ese tiempo la llegué á querer mucho, Fue en el campo. Por la mañana íbamos con su otra hermana á coger flores y frutas. ¡Qué encantadora la conversación de aquella personita de siete años! Para mí era la nota más risueña de la naturaleza. Sus palabras me sonaban como melodías de una caja de música muy suave y muy armoniosa.

Nunca imaginé que llegaría la ocasión de tener que coger flores para adornar su ataúd.

La muerte respetó su belleza.

Tuve sus manecitas tibias aún, entre las mías, y se las estrechaba, porque creía que así no se las dejaría enfriar.

Pobre Clementina!

Nunca he visto dolor más intenso que el suyo.

Para ella era imposible que se fuera su cielo, su encanto, su muñequita.

Sus exclamaciones partían el alma.

Mis ojos estaban secos, pero sentía el pecho oprimido como por el peso de una losa

Hasta luego, querida amiguita! Me has dejado muy triste. Cuando volví de ponerte en la bóveda estuve llorando, solo, mientras besaba una de las cintas que desprendí de tu cuna mortuoria como último recuerdo tuyo.

No dejo de escuchar el ruido que producía la llana del albañil sobre los ladrillos que te han de encerrar para siempre y creo que jamás se borrarán de mi corazón los ayes desgarradores de tu madre infeliz.

G. Martín C.





BAJO RELIEVE

191

El joven gladiador yace en la arena
Manchada por la sangre purpurina
Que arroja sin cesar la rota vena
De su robusto brazo. Entre neblina
Azafranada luce su armadura
Como si el sol, dejando sus regiones,
Bajado hubiera al redondel. Oscura
La fosa está en que rugen los leones
Olfateando la carne. Aglomerada
Bulle en torno impaciente muchedumbre
Que tiende hacia el mancebo la mirada,
Y, de las gradas en la erguida cumbre
Abierto el abanico entre las manos,
Ostentan su hermosura las patricias
A los ojos de amantes cortesanos
Avidos de gozar de sus caricias.
Sacudiendo el cansancio del vencido
—¡Arriba, gladiador, una voz grita,
Que para ornar tus sienes han crecido
Los laureles del Arno! — Necesita
El pueblo, otra voz clama, que al combate
Tornes de nuevo y venzas al contrario!
—¡Lidia y triunfa que, á más de tu rescate,
Dice el edil, cual don extraordinario,
Pondremos en tus manos un tesoro
De sextercios!— Si vences todavía,

En mi litera azul, bordada de oro,
Juntos iremos por la Sacra Vía,
Murmura una hetaíra—Y en mi lecho
Perfumado de mirra, al punto exclama
Otra más bella, encima de tu pecho
Extinguiré de mi pasión la llama
Que en lo interior del alma siento ahora,
Y, aprisionado por ardientes lazos,
Cuando aparezca la rosada aurora
Ebrio de amor te encontrará en mis brazos!

Al escuchar las voces agitadas,
Levanta el gladiador la mustia frente,
Fija en la muchedumbre sus miradas,
Muéstrale una sonrisa indiferente
Y, desdeñando los placeres vanos
Que ofrecen á su alma entristecida,
Sepulta la cabeza entre las manos
Viendo correr la sangre de su herida.

JULIÁN DEL CASAL.





Un Retrato

GALLE, Milial! dijo alguno junto á mí.

Miré al individuo á quien se me señalaba, porque hacía mucho tiempo que yo tenía gana de conocer á aquel don Juan. Ya no era joven. Tenía al pelo gris, de ese gris turbio parecido á las gorras de pelo con que se cubren los habitantes de ciertos pueblos del Norte. Su barba, larga y muy fina, le caía sobre el pecho y tenía también semejanza con aquella misma piel. Hablaba con una mujer, inclinado hacia ella, en voz baja y mirándola con ojos dulces. Su mirada era acariciadora y tierna.

Estaba yo al tanto de su vida, ó por lo menos de lo que de ella se conocía. Había sido amado locamente muchas veces, y su nombre se había mezclado á gran número de historias dramáticas y conmovedoras. Se le consideraba como hombre muy seductor, casi irresistible. Cuando pregunté á algunas mujeres que hacían su mayor elogio, para averiguar de dónde le venía aquel poder, después de reflexionar un punto, me respondían siempre:

— No sé.... tiene cierto atractivo, cierto encanto....

Y en rigor de verdad, aquel hombre no era hermoso, y hasta carecía de la elegancia especial de la que suponemos dotados á los conquistadores de corazones femeninos. Preguntábame yo dónde estaría oculta su seducción. ¿Acaso provenía de una fuerza moral? Jamás se me había citado una frase suya. Nunca oí alabar su inteligencia. ¿ En sus ojos? Tal vez. ¿ En la voz? La voz de algunos seres tiene un tono sensual exquisito. Algo como el sabor delicioso de algunos manjares. Se siente hambre de escucharles y el acento de sus palabras tiene algo de una golosina.

Á un amigo que pasaba en aquel instante le pregunté:

—¿Conoces tú á Milial?

—Sí.

—Pues preséntamelo.

Un minuto después cambiábamos un apretón de manos y conversábamos amistosamente. Lo que él decía, aunque no contenía nada superior, era agradable. Aquella voz era dulce, acariciadora, pero yo había oído otras que impresionaban más. Se le escuchaba con placer, como con placer se escucha el murmullo de una fuente. Para seguir el curso de su conversación, no era preciso ninguna extraordinaria tensión del pensamiento, ni aquella inspiraba gran curiosidad; no mantenía vivo el interés; al contrario, era tranquila, reposada. No despertaban sus palabras, ni el afán de argüirle, ni la entusiasta aprobación.

Tan fácil era replicarle, como atenderle. La respuesta venía lógicamente; como si lo que él había dicho arrancase las frases de la boca.

La impresión que me produjo fue la de figurarme, aunque sólo le conocía desde un cuarto de hora antes, que todo en él me era conocido y familiar; su gesto, sus palabras, sus ideas; después de algunos instantes de conversación, me parecía un amigo íntimo. Entre nosotros ya había una confianza tan espontánea y tan grande, que le hubiera contado esos detalles de la vida íntima, que se refieren solamente á los más antiguos camaradas.

Indudablemente, allí había un misterio. Esas barreras, levantadas entre los seres humanos, y que sólo el tiempo, la simpatía y la identidad absoluta de gustos, de cultura y relaciones constantes, hacen caer poco á poco, parecían no existir entre él y yo, y sin duda, entre él y todos aquellos hombres y mujeres á quienes la casualidad ponía en su camino.

Al cabo de media hora nos separamos, prometiéndonos vernos con frecuencia. Antes de despedirse me invitó á almorzar con él dos días después.

Mas sucedió, que habiéndome olvidado de la hora de la cita, llegué á su casa demasiado pronto, cuando él no había vuelto aún. Un criado, correcto y silencioso, abrió un bello salón, algo sombrío, íntimo, recogido. Me encontraba allí tan á mi gusto como en mi propia casa. Muchas veces he podido observar la influencia que el aspecto de las habitaciones ejerce sobre el espíritu. Piezas hay, en las que se siente uno idiota, otras que inspiran extraordinario deseo de hablar; unas, entristecen, á pesar de su clari-

dad y blancura; otras, alegran el alma, por más que estén vestidas de oscuros colores. Nuestros ojos, al igual que nuestro corazón, tienen sus odios y sus amores, y nos los imponen furtivamente, y sin que nos demos cuenta de ello, influyen en nuestro carácter. La armonía de los muebles, de las paredes, el estilo del conjunto, obran instantáneamente sobre nuestro espíritu, como obran sobre la naturaleza física el perfume de los bosques y el aire del mar ó de las montañas. Me senté sobre un diván de mullidos cojines, y me sentí de repente hundido, preso dulcemente entre los suaves almohadones de pluma, forrados de seda, como si la forma y el volumen de mi cuerpo tuviesen allí su molde preparado desde mucho tiempo antes. Después, dirigí la vista en torno. . . . En aquella estancia no había nada de relumbrón. Objetos modestos, muebles sencillos, á la par que raros, tapices de Oriente, que no parecían provenir del Louvre, sino del interior de un harén, y frente á mí un retrato de mujer. Era éste de regulares dimensiones de medio cuerpo. Aquella mujer tenía en las manos un libro. Era joven, llevaba la cabeza descubierta, el peinado bajo, formando dos ondas que le cubrían la frente. Su sonrisa era triste. Ya, por tener la cabeza descubierta, ó bien por la actitud natural de aquella mujer, lo cierto es que nunca me pareció retrato alguno tan en su propia casa como el que contemplaba en aquellos momentos. Era en un todo diferente á los muchos que había visto y que copian trajes vistosos, peinados estravagantes y la afectación estudiada de la mujer que piensa en el pintor que está enfrente ó en las personas que después han de contemplar el retrato. Unas, de pie, con aires de reina que seguramente no han conservado en su vida. Otras, deseando agradar con su gestecillo coquetón. Y todas tienen ya una flor, ya un pliegue del vestido ó del labio, que se conoce puesto por el pintor para el efecto. Que lleven sombrero, ó cubran sus cabezas con encaje ó la lleven descubierta, desde luego se ve algo artificioso ó rebuscado. ¿Qué sea esto? Lo ignoramos, puesto que no las hemos conocido; pero se adivina. Parece como que están en visita con gente á quien desean agradar, mostrándole todas sus bellezas, y su estudiada actitud, ya modesta, ya altanera.

—¿Qué decir de la mujer que contemplaba ahora?— Estaba en su casa y estaba sola, sí; porque sonreía como se sonríe cuando se piensa solitariamente en alguna cosa triste y dulce á la vez, y no como se sonríe cuando hay alguno mirando. Estaba tan sola y tan en su casa, que

formaba en torno el vacío absoluto. Ella la habitaba y la llenaba. Podía entrar mucha gente y hablar y reír y aún cantar. Ella estaría siempre sola con su sonrisa y daría vida á todo aquello con su mirada, con aquella mirada especial que caía sobre mí, fija, acariciadora, sin verme.— Todos los retratos saben que son contemplados, y nos miran con ojos que ven, que se mueven, que nos siguen desde que entramos en la habitación hasta que salimos de ella. Aquel no veía nada, por más que su mirada se clavase en la mía en línea recta. Me acordaba del hermoso verso de Baudelaire, que dice:

“Tus ojos que atraen como los de un retrato.”

Me atraían en efecto con fuerza irresistible. Aquellos ojos pintados que habían pestañado, que acaso pestañeaban aún, causaban en mí una turbación poderosa, inmensa. . . . ¡Oh! ¡qué encanto adormecedor como suave brisa, seductor como el crepúsculo, rosa y azul, y melancólico como la noche que le sigue, salía de aquel cuadro sombrío y de aquellos ojos impenetrables! Aquellos ojos creados por unas cuantas hábiles pinceladas, ocupaban el misterio de lo que á un tiempo parece ser y no ser; de lo que puede expresar la mirada de una mujer, de lo que hace germinar el amor.

Abrióse la puerta y entró Milial. Excusó su tardanza, al paso que yo excusé el haber anticipado la hora de mi visita. Después, no pude menos de decirle:

¿Sería indiscreción, preguntaros quién es esta mujer?

Y me respondió:

Es mi madre. Murió muy joven.

¡Entonces comprendí de dónde venía la inexplicable seducción de aquel hombre!

GUY DE MAUPASSANT





NOTAS

Juan José Echeverría era un joven modesto, honrado y trabajador, sostén y esperanza de su familia.

Ha fallecido violentamente, produciendo su desaparición gran dolor en esta sociedad que apreciaba sus valiosas cualidades.

Lamentamos con sinceridad su muerte y deseamos resignación á sus deudos.

Dichosamente para ellos, tienen á Francisco, que sabrá llenar el vacío que deja su hermano.

Hemos sentido no poder saludar antes desde las columnas de *Cuartillas* al distinguido cubano señor Martí, que ha estado de paso entre nosotros.

Enamorado de la libertad de su patria ese trabajador incansable, va de lugar en lugar conquistando simpatías para su causa con la magia de su palabra y la de su pluma.

Tiene cara de soñador. Su palidez, sus ojos brillantes y pequeños en que predomina una expresión mezclada de valor y melancolía, dicen lo que es su alma triste y batalladora.

Refiriendose á él se expresa Vargas Vila en estos términos:

“Allá va indignado, soñador, melancólico.

Allá va con el enjambre de sus sueños; con la tempestad de sus cóleras; con sus tristezas de vencido; con el rumor de sus estrofas; con el himno triunfal de sus palabras.

¿Soñador? Así lo llaman.

¡Sueño sublime! ¡oh la libertad, hermoso sueño! Con ella soñaba Bolívar en Jamaica mirando la mar turbia, el cielo negro, escapado al puñal, y triste y solo. Con ella soñaba Mazzini, perseguido, hambreado, saliendo á los caminos de Suiza, desgredada la blanca cabellera, para interrogar á los transeuntes sobre la agonía de su Italia bajo los cascos de los croatas. Con ella soñaba Palacoff, dando al viento como mariposas del dolor sus estrofas aladas, allá sobre la playa de Siberia, bajo el cielo sin luz, cerca á las olas negras, á la estepa inclemente, viendo levantarse en el cielo triste una estrella blanca que él llamaba el alma de Polonia. . . . ¡oh sueños con la libertad y con la patria! ¡sueños generadores del heroísmo y de la gloria; columna de fuego que llevais los pueblos al combate, ó bello y pálido heraldo que llevais las grandes almas al martirio, benditos seais!"

Esta vez la estada del orador fué breve; no nos deleitó con la poesía de su discurso.

Buen viaje! Y que no se olvide de Costa Rica, que lo quiere por su talento, lobariedad é ilustración.

Enrique Segreda se va á Europa.

Nada más justo que ese grato descanso para quien como él no ha hecho más que trabajar desde pequeño.

Hasta ahora va á pagar la suerte algo de lo que le debe por sus merecimientos.

A su regreso nos pintará con los ricos colores que da á todo su fantasía, las bellezas del mundo de lo grande, y pasaremos ratos deliciosos oyendo sus recuerdos é impresiones de viaje.

Que vengas con muy buena salud y que goces y aproveches bastante son nuestros vehementes deseos, estimado compañero.

CUARTILLAS

Revista quincenal

CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$ 2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6ª Avenida E., N° 39

San José, C. R.